

ANDREA E. PORETTI

MEMORIA, VOCES DE SABIDURÍA Y ESPERANZA

Historias de sobrevivientes
de la Shoá en Argentina



Introducción

El presente volumen reúne las historias de vida de diez sobrevivientes de la *Shoá* que se encuentran en Argentina, como un homenaje a la *memoria*. La memoria es el único medio que puede ayudar a los hombres a detener la repetición de los crímenes del pasado.

“*Hay que recordar* –expresa el profesor Andrea Riccardi, fundador de la Comunidad de Sant’Egidio en Roma hacia 1968, en su reflexión durante el 60 aniversario de la *razia* de los judíos romanos– *cómo fue que se llegó a aquel dolor: primero con la muerte de la libertad, luego con la discriminación y el aislamiento de la comunidad judía en una gran soledad...*”. Fueron justamente la soledad, la discriminación y el atropello algunas de las situaciones padecidas por los sobrevivientes que sobresalen con claridad en los relatos y quieren advertir al lector para que comprenda que, en la mayoría de los casos, la indiferencia ha sido el cómplice más fiel de aquel mal transformado en la “máquina de muerte”. Por eso la memoria no es una elección: tanto para quien ha sufrido como para quien no se ha visto involucrado en aquellas circunstancias, tener memoria del pasado es no querer repetirlo.

En efecto, Settimia Spizzichino, una de las pocas sobrevivientes italianas del infierno de Auschwitz, hoy fallecida, quien con los años se hizo muy cercana a la Comunidad de Sant’Egidio en Roma, decía: “*Hay cosas que todos quieren olvidar, pero yo no. Yo de mi vida quiero recordar todo, también aquella terrible experiencia que se llama Auschwitz... Todo esto forma parte de mi vida y sobre todo forma parte de la vida de muchos otros que no han salido con vida de los campos de exterminio. Y a estas personas debo el recuerdo. Debo recordar para narrar también su historia. Lo he jurado cuando he vuelto a casa; y éste, mi propósito, se ha fortalecido en todos estos años, especialmente cada vez que alguien se atreve a decir que todo eso nunca pasó, que no es verdad...*”.

A lo largo de la década de los años noventa ha nacido en muchos sobrevivientes de la *Shoá* de distintas partes del mundo, la conciencia de dar su *testimonio*, de mostrar abiertamente los perversos

destinos de la guerra, madre de todas las pobrezas y de los enfrentamientos, y especialmente, expresar lo absurdo de los odios raciales. En efecto, ejercitar la memoria ha sido para cada uno de ellos cada vez más enriquecedor, no sólo por la incorporación de nuevos detalles en sus historias, sino por la voluntad manifiesta de que se comprenda bien a qué nivel de bestialidad, barbarie y locura puede llegar la naturaleza humana.

Esta memoria es como una compañera del camino que nos ayuda a no repetir los errores del pasado. Y es una deuda que tenemos hacia quienes no han vuelto jamás.

Frente al devenir de los acontecimientos históricos el ejercicio fiel de la memoria es un deber, sobre todo cuando el tiempo transcurre y los hechos se diluyen hasta perderse y caer en el olvido. Sin embargo, el olvido es la antecámara de la cancelación del pasado y por ende, de la repetición en el futuro. En esta perspectiva, recordar no es meramente el ejercicio de una retórica, sino que constituye fundamentalmente una barrera que pone fin a aquella idea de la vida donde el dolor y el sufrimiento no significan nada, especialmente como sucede muchas veces entre los jóvenes.

Los sobrevivientes manifiestan la urgente necesidad de que su testimonio sea un legado para las nuevas generaciones y de que no se repitan ni hoy, ni mañana, ni pasado mañana, es decir, nunca más, situaciones similares a la de la *Shoá*. Esta inquietud los une entrañablemente en la elección de la Comunidad de Sant'Egidio, empeñada desde hace tiempo en hablar a los jóvenes y depositar en ellos también esta herencia. Quien ha vivido la *Shoá* siente muchas veces la angustia de cómo transmitir aquel horror, ya que no se trata de una pesadilla lejana, correspondiente al pasado remoto, sino que, más bien, es un fantasma que siempre puede aparecer de nuevo.

Se quiere entonces brindar la posibilidad de dar a conocer a las nuevas generaciones, las de Argentina pero también las del entero continente latinoamericano, el testimonio de los sobrevivientes: son dos mundos que parecerían virtualmente paralelos, pero que en cambio sabemos hasta qué punto hoy, a través de tantos signos, van encontrando puntos de contacto. Recordamos las palabras que Juan Pablo II expresó durante la histórica visita al Mausoleo de Yad Vashem, en Jerusalén, en marzo de 2000: *“He venido a Yad Vashem para rendir homenaje a los millones de judíos que, privados de todo, en particu-*

lar de su dignidad humana, fueron matados en el Holocausto. Más de medio siglo ha pasado, pero los recuerdos permanecen... Nosotros queremos recordar. Pero queremos recordar por un objetivo, es decir, para asegurar que nunca más el mal prevalecerá, como sucedió con millones de víctimas inocentes del nazismo”.

Es justamente gracias a esta actitud que ha crecido en estos años el lazo profundo de respeto y amistad que une a cada Comunidad de Sant’Egidio, allí donde está presente, con la comunidad judía local. Son muchos los ejemplos de estos signos en muchas ciudades de Europa, como aquí en Argentina y en nuestra ciudad de Buenos Aires. A modo de ejemplo, podemos mencionar que todos los 16 de octubre es ya una tradición en la ciudad de Roma hacer memoria de la deportación de la comunidad judía romana, que fue casi totalmente aniquilada en el campo de exterminio de Auschwitz, con una gran marcha ciudadana en colaboración con la comunidad judía de Roma, que cada año reúne millares de personas. Es importante subrayar entre los frutos de esta iniciativa el nombre de “16 de octubre de 1943” dado a una plaza de Roma. De esta manera la fecha queda establecida hoy como memoria, no sólo de la comunidad judía, sino de la entera ciudad. Una iniciativa similar se realiza cada año en la ciudad de Amberes, así como en Kiev, donde el antisemitismo colaboró terriblemente con la locura nazi, o en Budapest, donde la Comunidad de Sant’Egidio ha condenado en varias ocasiones hechos de vandalismo en cementerios judíos.

Hay por otra parte una conciencia del camino recorrido en el diálogo entre judíos y cristianos. El gesto conmovedor del Papa Wojtyla, que coloca en los intersticios de las piedras del Muro de los Lamentos el solemne pedido de perdón, sana heridas antiguas y da la firme convicción de reconocer hasta qué punto las divisiones entre los creyentes son una debilidad frente a las fuerzas del mal.

En este mismo espíritu, la Comunidad de Sant’Egidio organiza cada año, en diversas capitales europeas, encuentros de diálogo interreligioso, continuando con la histórica Jornada de Asís de 1986, cuando Juan Pablo II convocó a los líderes de las grandes religiones para rezar juntos por la paz. ¿No es acaso también éste un camino para que no se repita el horror del antisemitismo y de la Shoá?

Para la Comunidad de Sant’Egidio, los sobrevivientes son ante todo amigos y personas con una gran carga de sufrimiento. Acercarse a ellos significa descubrir no sólo el dolor de un pasado dramático si-

no también una gran voluntad de vivir el futuro, transmitiendo esperanza, sabiduría y confianza. Sobrevivir, comenta Santiago Kovadloff en sus reflexiones, *“es haber sobrevivido a lo peor. Se trata en consecuencia de meditar lo in-elaborable como un aprendizaje que desemboca en el saber. No es posible llegar a saber lo que no es elaborable en términos del saber. Es posible no olvidar, pero no es posible saber de una vez por todas qué significa lo peor. Porque si pudiéramos hacer caber en un significado la dimensión del horror, entonces sabríamos de qué se trata. Y lo cierto es que no sabemos de qué se trata. Nos podemos dar cuenta, en términos de significado, de lo ocurrido. Podemos y debemos, incluso, enfrentar lo ocurrido, sostener el desafío de lo ocurrido. Pero pobres de nosotros si llegásemos a una conclusión definitiva que permitiese explicar lo que pasó bajo la forma de un saber final”*.

Los diez testimonios que se presentan relatan momentos, fragmentos de vida de profunda intensidad humana. Ellos son testigos de un dolor inmenso, como un eco desde el abismo que deja como lección la certeza de que el dolor une: el dolor da la capacidad de adquirir más atención hacia los otros; hace que se reencuentre la sensibilidad; libera de lo que no importa; conduce a lo esencial de la vida. Alrededor del dolor de los hombres se reencuentran las verdaderas y comunes aspiraciones de todos, se consideran inútiles las muchas divisiones, tosquedades, intrigas o contraposiciones.

Refiriéndose a la experiencia del campo de concentración, el psicoterapeuta Víctor E. Frankl se interrogaba: *“La pregunta que a mí, personalmente, me angustiaba era esta otra: ¿tiene algún sentido todo este sufrimiento, todas estas muertes? Si carecen de sentido, entonces tampoco lo tiene sobrevivir al internamiento. Una vida cuyo último y único sentido consistiera en superarla o sucumbir, una vida, por tanto, cuyo sentido dependiera, en última instancia, de la casualidad, no merecería en absoluto la pena de ser vivida.”*

Pero en una suerte de contrapunto, las historias aquí relatadas, testimonios del dolor humano, transmiten una lección de vida, ya que reúnen voces de sabiduría y esperanza. En efecto, el presente trabajo apunta hacia dos direcciones: en primer lugar, la posibilidad por parte del lector de internalizar el testimonio de los “testigos del dolor”, que en sus propias vidas, en sus cuerpos y hasta en lo más profundo de sus existencias han pasado por humillaciones y vejaciones, despojos como los que se propusiera un aparato precisamente ideado como

“máquina de muerte”. De hecho, a través de la lectura de los relatos de los sobrevivientes surgen los cuestionamientos de unas vidas en la búsqueda de sentido, cuya experiencia “concentracionaria” querrían borrar rápidamente, acompañados del anhelo, el deseo de transmitir sus experiencias que durante muchos años ocultaron incluso a sus propios familiares. Más aún, las perspectivas de comenzar una vida en Argentina ha representado para la totalidad de ellos una página nueva, donde el dolor pasado debía ser autocensurado.

Pero junto al dolor y al recuerdo, quizás paradójicamente, estos fragmentos de vida miran al futuro con esperanza y sabiduría. Nosotros, en nuestra Argentina actual, hemos vivido y quizás estamos viviendo momentos en que parece difícil hablar de esperanza, cuando todo habla de incertidumbre, de crisis, de problemas de difícil solución. Los *testigos del dolor* pueden y deben indicarnos los valores fundamentales de la convivencia civil, el respeto de las diversidades y el bien común, en la conciencia de que la felicidad no está en construirse cada uno por su cuenta un espacio sin problemas, del propio bienestar: mi felicidad está sin dudas en la felicidad del otro. Justamente hoy se debate, y esto cuestiona mucho, la búsqueda del bien común, que es el bien de todos, el bien de los otros. Es claro que ya no existe la posibilidad de salvarse solo o sola, sin mirar a los costados. Es evidente ya que nadie tiene garantizado su futuro si no lo construye desde la perspectiva del bien común.

Debemos asumir una responsabilidad como sociedad civil, a pleno. Es la responsabilidad de dejar de perseguir intereses individuales, de grupo o corporativos que provocan la fragmentación tan dañina que vivimos y que invade todos los estratos de la sociedad. Son necesarios cambios profundos en cada sector. La historia misma de nuestro país es también la de una convivencia y una cohabitación pacífica entre grupos distintos de los inmigrantes que paulatinamente han poblado estas tierras. Gentes distintas desde lo étnico, lo religioso y cultural, con valores diferentes, han sabido vivir en comunidad y construir ésta, nuestra patria. Nuestro trabajo deberá tender también a hacer esto cada vez más verdadero, sin permitir en consecuencia que surjan –o resurjan– los mínimos atisbos de discriminación o violencia hacia ningún grupo social.

Curiosamente, en una lectura transversal, la Argentina aparece en los relatos de los sobrevivientes como la nueva tierra, el lugar don-

de formar una nueva familia, y que a pesar de las dificultades para llegar al país rioplatense (muchos de ellos se vieron obligados a entrar clandestinamente) es considerada una tierra hospitalaria y que favorece la integración entre quienes son distintos.

Por demás, estas historias nos recuerdan que sólo a través de la solidaridad es posible resistir las fuerzas del mal. Aquellas que se han manifestado en la terrible máquina de muerte del nazismo. Aquellas fuerzas que permanecen sin rostro y sin embargo son tan cotidianas como la pobreza, la violencia, el prejuicio.

Después del 11 de septiembre de 2001, cuando hemos sido testigos de la terrible capacidad de muerte de las fuerzas del mal, sentimos todavía más necesario no encerrarnos sino afrontar el miedo con el diálogo, la memoria, la amistad y con el compromiso de resolver los problemas que hacen crecer la insatisfacción y son un caldo de cultivo posible para el fundamentalismo. ¿No deberíamos comprometernos aun más en el respeto de cada vida, para que nadie quede reducido a un número, sin rostro, sin dignidad y sin historia, como predicaba la locura racista en los campos de concentración?

Dietrich Bonhoeffer, teólogo protestante, mártir de un campo de concentración nazi, escribía: *“Todo es oscuro dentro de mí, pero cerca de ti está la luz; estoy solo, pero tú no me abandonas; estoy asustado, pero cerca de ti encuentro la ayuda; estoy inquieto, pero cerca de ti está la paz”*. Y concluye con las palabras de un salmo, que quizás muchos judíos recordarían cuando se encontraban arrastrados por el mal, junto a los gitanos y muchos opositores al régimen que fueron asociados a la misma locura: *“Tú has anotado los pasos de mi destierro, ¡recoge mis lágrimas en tu odre! ¿Acaso no está todo registrado en tu libro?”* (Salmo 56, 9).

Las lágrimas que muchos hombres y mujeres nos testimonian, como los sobrevivientes en sus historias, debemos conservarlas también nosotros como algo precioso, que nos vuelve más atentos a la vida y al hombre. Son lágrimas de hombre, pero se hacen lágrimas de Dios, del Dios que no olvida y no abandona a nadie.

Las historias de vida que se presentan han sido recopiladas a partir de una serie de encuentros y entrevistas que se remontan al año 1997. De hecho, dos espacios organizados por la Comunidad de Sant’ Egidio son la base de esta publicación: el primero fue un encuentro

muy familiar en el que sobrevivientes de la *Shoá* relataron los acontecimientos de sus vidas a jóvenes de la Comunidad de Sant'Egidio de Buenos Aires; en esta ocasión quedaron significativamente marcados por el hecho de que se trataba de un auditorio católico, una de sus primeras experiencias en este sentido. Posteriormente, en agosto de 2002 se llevó a cabo un seminario de similares características en la Universidad Católica Argentina, en colaboración con la Fundación Memoria del Holocausto.

Mientras se trabajaba en la realización de este volumen se pensó en la incorporación de un Apéndice en el que se incluyera un texto del experto historiador de la Iglesia, Dr. Néstor T. Auza, que trata de las reacciones de los católicos argentinos ante la *Shoá* que se desencadenaba en Europa; las lúcidas reflexiones del filósofo y escritor Santiago Kovadloff, pronunciadas en ocasión de la presentación del libro de uno de los sobrevivientes y por último, un encuentro-entrevista que data del mes de noviembre de 1997 con la señora Emilie Schindler, esposa de Oskar Schindler, uno de “los justos de Israel”, fallecida en 2001.

Con Elie Wiesel, sobreviviente de Auschwitz y Premio Nobel de la Paz, encontramos el valor de la palabra escrita que es justamente el objetivo de esta publicación. Él mismo expresa: *“Hay que respetar las palabras, pues. No son sombras que se cabalgan mutuamente. Cada una posee su propia razón de ser, cada una alberga su propio secreto. La palabra no debe ser aprisionada ni yugulada, ni siquiera en el silencio de la página; es preciso liberarla para captarla. Luego, se trata de sujetarla con firmeza. Para que la cuerda del violín vibre, es necesario tensarla aun a riesgo de romperla; floja es sólo un cordel. Lo mismo ocurre con la frase escrita. Debe contener una página y la página un capítulo, y el capítulo una vida. Tras cada palabra hay otras palabras, y tras ellas, otras palabras aún, y otras, todas intangibles, invisibles, pero cargadas de expectativa y de anticipación. Cada palabra es asombro y en los instantes de gracia, descubrimiento y maravilla. Para escribir se desciende a las insondables profundidades del ser. Escribir participa del misterio. Entre dos palabras, el espacio es mayor que entre el cielo y la tierra. Para cruzarlo se cierran los ojos y se salta. En la Torah, dice una tradición hassídica, también los espacios en blanco proceden de Dios. En último término, escribir es un acto de fe tanto como de fervor”*.

ARQ. ANDREA ELBA PORETTI, COMUNIDAD DE SANT'EGIDIO

Bernardo Hirsch

Cuando Bernardo tenía apenas tres años, hacia 1922, dos de sus hermanos emigraron a Argentina. También un tío, Samuel Hirsch, había hecho lo propio hacia el año 1905. *“El deseo de conocerlos fue el motivo por el cual, después de la liberación, quise emigrar. Buscaba un lugar donde vivir de cara al futuro. Por eso llegué a la Argentina... pero esta historia la contaré más adelante”*.

Un cuadro de la infancia y la primera juventud

Bernardo nació el 16 de marzo de 1919 en la ciudad de Reteag, ubicada en la región de Transilvania –*“muy famosa por la obra Drácula”*, apunta con orgullo– que por aquel entonces se encontraba bajo dominio rumano. Uno de los hijos menores de una familia numerosa, compuesta por diez hermanos (seis mujeres y cuatro varones), cuenta que su infancia, hasta sus veintiún años, fue, en líneas generales, feliz.

Siendo Reteag una localidad pequeña, no había muchos entretenimientos. Bernardo recuerda que ya a los cuatro años era obligatorio que un chico judío fuera al colegio para aprender a leer y después hacer los rezos: *“Los judíos tenemos una religión muy vasta y muy complicada también”*, señala para ubicarnos. Por eso ya a los siete años frecuentaba tanto el colegio primario del Estado como el colegio judío; de esta manera logró terminar los siete niveles completos en ambos. Sin embargo, a los trece años se vio forzado a abandonar sus estudios, aunque ganas y capacidad para continuarlos no le faltaban... En realidad, el verdadero problema era que para poder seguir el colegio nacional, el *High School*, debía trasladarse a otra ciudad y esto significaba un gasto grande para los padres, que no estaban en condiciones de

afrontar. Por ello comenzó a trabajar junto a su padre en el pequeño negocio que tenían.

Bernardo remarca que, por aquel entonces, entre los pueblos de Transilvania todo transcurría en una total armonía. Cabe aclarar que la población era muy diversa, ya que en el pasado esta región había pertenecido al imperio austrohúngaro hasta finalizada la Primera Guerra Mundial, cuando gracias al Tratado de Paz de Versalles el imperio se desarticuló, la pequeña Hungría quedó separada de Austria y el resto de los territorios, repartidos entre Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania, a quien fue anexada Transilvania. *“Entonces más o menos la mitad de los habitantes serían rumanos, pero el resto no”*, explica. Las leyes civiles eran iguales para todos, por lo cual no había ninguna diferencia en la población y la convivencia era sustancialmente pacífica.

Como para pintar un cuadro de la situación lo más acabado posible, Bernardo cuenta que entre los rumanos cristianos había dos Iglesias: una, rumano católica y la otra, reformista. Los rumanos que eran de rito grecocatólico no obedecían a Roma sino a Constantinopla (es decir que los sacerdotes se casaban, tenían hijos, etc.).

Mientras tanto los años transcurrían en paz. Sin embargo, en el año ‘39 la situación cambió y la paz reinante se vio quebrada: era la irrupción de Hitler con la guerra que resintió visiblemente todas las relaciones.

Las primeras restricciones

En marzo del año ‘40, cuando Bernardo cumplió los veintiún años, se presentó ante las autoridades militares del país (Rumania) para acatar la ley del servicio militar obligatorio. Lo destinaron a la Fuerza Aérea, y le informaron que lo incorporarían en el mes de octubre de ese mismo año.

Sin embargo, hubo un cambio en el curso de la historia y geografía de la región que determinó el destino de muchos: de manera sintética, Bernardo explica que Hungría, durante el período compren-

Nota del Autor: Las palabras gueto, razia, yiddish, fueron escritas de acuerdo al *Diccionario de la Lengua Española Larousse*.

Índice

Prólogo: Mons. Eugenio Guasta

Introducción: Comunidad de Sant'Egidio

Testimonios

| | |
|---|-----|
| Bernardo Hirsch (Rumania) | 19 |
| Eva Fon de Rosenthal (Hungría) | 37 |
| Gina Sal (Polonia) | 49 |
| Ladislao Ladanyi (Hungría - Alemania) | 67 |
| Hela Smuk de Bernarth (República Checa) | 81 |
| Helena-Ania (Polonia) | 117 |
| Juan Lichtig (Polonia) | 135 |
| Myriam Kesler (Bélgica) | 155 |
| Rachela Mowszowicz - Mónica (Polonia-Bielorrusia) . . | 169 |
| Sabina Feikind (Polonia) | 177 |

Apéndices

| | |
|--|-----|
| El Holocausto y la Iglesia argentina: Néstor Auza | 191 |
| Una visión filosófica de la <i>Shoá</i> : Santiago Kovadloff . . | 195 |
| Entrevista a Emilie Schindler | 201 |